

En Defensa de Santino

daniel bernardo grimberg



Capítulo 1

En Defensa de Santino o Biografía de Rubén Armando
(por Daniel Bernardo Grimberg)

Santino

I

No es cierto que hubo una reminiscencia de lo alegre y una concepción heroica de Rubén Armando Santino.

Porque a menudo hay una suerte de disparate al hacer cualquier halago (aclaro que fue muy difícil establecer una relación real con ese hombre o cimentar algo similar).

Eso provocaría una confusión en lo sobrio y terrenal que debería ser este informe.

Todo individuo encuadra sus aspiraciones dentro de actos que estarían en armonía con la comunidad organizada.

Por supuesto que no construye un escenario colmado de fantasías, ni entiende a la virtud como el desenfreno del imaginar.

Así se le daría apenas un reconocimiento intuitivo:

Y no se aceptaría a la singularidad inscripta en su frente ni a las ilusiones derivadas de sus falacias.

La liberalidad de su vida sería una clara descortesía para los demás.

Porque la única decadencia sería no poner en duda a la ilusión, o considerarla una estrafalaria teoría pasada de moda.

Es una cuestión necesaria convertir a los sueños en argumentos.

Santino nunca se dio a la particularidad de narrar cuentos enigmáticos para satisfacer la curiosidad de los ignorantes que se preguntaban quién

era:

Aquellos que lo acechaban en almacenes y esquinas en donde con sus insistencias lo ponían en peligro.

Arrebatados y deformados, no se adscribían a descripciones racionales y se presentaban con indignación e indiferencia por las largas cadenas de las calles.

El hombre había comprobado que sus palabras eran insulsas y no le generaban corrientes de simpatía.

Se hallaban en sus cóleras cuando los tenía directamente que encasillar como enemigos.

Santino era un sujeto huraño, para nada reflexivo.

Y desconfiaba del curso que tomaban las cosas que por lo general se constituían en sus pocos temas de conversación.

Desenfrenado y rígido, ansiaba la perplejidad.

(A la auténtica: la que la realidad nunca recobró).

Contemplaba a los demás desde la cumbre de su mente:

Eran circulares figuras que sonreían en su contra con sus ritmos decrepitos al caminar.

Y después se internaban por senderos enigmáticos como si no tuvieran impedimentos físicos.

No contendré con el señor Fernando Ezequar en aspectos de Santino que fueron meras infatuaciones de la prensa.

(Un periodista lo calificó como un hombre que no despertaba ni siquiera cuando entreabría los ojos):

Esas premisas sembraron dudas y fueron una inserción de generalizaciones indemostrables.

O más bien peligrosas insinuaciones ante la imposibilidad de dar al menos una parcial respuesta científica.

A veces se lo demostró como alguien trágico y no un desvalido sujeto.

Por sus apreciaciones oscuras lo señalaron cómo el autor de malos tratos en la vecindad sin considerar que cómo hombre su presencia era temporal

y perecedera.

(Las participaciones que mencionaron habían sido llevadas a cabo en pocos minutos y con cierta resignación=.

El conocimiento y la verdad correspondían a un orden trascendental, y a ellos les fue útil perjudicar a Santino atribuyéndole sentimientos de los más variados.

(Habría que marcar una línea divisoria entre su interior y lo exterior: entre su admirable capacidad de inferir a los problemas y su comprensión depurada y singular del mundo).

Le adjudicaron posibilidades tenebrosas cuando sus actos pretendieron imitar la perfección.

(En verdad le bastaba que retuvieran algunos rasgos semejantes al de tros más allá de lo que resultara de aquello).

Su ilimitada voluntad y rigidez lo llevaban a ejercer una fuerte presión al estrechar las manos (tal vez un sosegado sentimiento de inferioridad contribuía con ese actuar).

Debido a su empecinada empresa intelectual rechazaba a la mayoría de las formas sociales.

En varias crónicas periodísticas lo sometieron a duros interrogatorios, como si Santino fuera un demonio que componía odas erráticas de los infiernos.

Y él se adjudicaba ser sólo era un testigo de lo que acontecía.

Uno que a veces no articulaba palabra porque no podía nominar a lo que no tenía nombre.

Sólo enfatizaba las diferencias entre los hombres a expensas de los otros que no se tomaban la molestia de señalarlas.

Se han equivocado por completo y hasta el hartazgo muchos que por reírse tanto de la verdad se habrían quedado con el cuello torcido.

(En algún crítico momento la justicia que rara vez es santa habría oprimido esa parte clave de sus anatomías).

Santino fue considerado una figura maligna, destructiva, armada con irascibles nostalgias.

Un ser que intentó duplicar las hazañas de algunos animales salvajes que ya ni siquiera están enclaustrados en los zoológicos.

Muchas malas cosas las amontonaron en lo oculto.

Sus mentiras no eran más que una desgarrada contemplación de lo momentáneo.

A partir de él trataron de explicar al mundo ideal.

(Puesto que las formas superiores únicamente son percibidas a partir del conocimiento de las que tienen un estatus inferior).

Pero Santino siempre saltó sobre las luces y sombras para caer sobre sus pies:

A la sólida vista del mundo, más allá de las injusticias y con una seguridad sorprendente.

Y llegaba hasta la puerta de entrada de su edificio sin que los molestos lo acorralasen.

Esa deformación adjudicada externamente no tendría nada que ver con el carácter de su vida, que no se caracterizaba por tener mucha pompa, pero sí mucho fervor.

(Los que le atribuían incoherencias eran como nubes que pasaban por delante del mayor astro):

Ezequar repitió sin sorna lo que dijo Vargas que por supuesto no tanteó las paredes del ridículo.

(Ambos distinguían bien entre la realidad y los sueños que por regla general son disparatados).

Con sus vastos movimientos expresivos intentaron orientar a la comunidad.

Y cimentar teorías que testearon lo maligno.

Por lo que jamás lo definieron como un modelo.

Eso entrañaba que estaban entre los que no creían que ese hombre alguna vez jugó un rol consistente.

Es más: desmintieron la posibilidad que se conducía con propiedad más

allá del absurdo.

(Por supuesto que había sido un ser engendrado que usaba sus pulmones para respirar y se tensionaba a menudo).

Tampoco negaron que Rubén Armando Santino no era un hombre inspirado por una fuerza enorme.

Aunque no pudieron decir si simplemente estaba loco.

Ni siquiera reunieron al conjunto de referencias que tienen los forenses ni poseyeron cantantes ingeniosidades.

Pero para Santino, él era favorable a la marcha de la humanidad:

Consideraba que siempre fueron mejores las luminosas oscilaciones de los excéntricos a la quietud de los que prefirieron la normalidad.

Santino, el tosco adversario del barrio, tenía los músculos faciales adoloridos, la mirada ritual de aquel que no se cansaba de esperar, y la sonrisa que amagaba el que a menudo había conocido la derrota.

Como los de su clase, nunca tuvo crisis de conciencia, ni se dejó anular por inverosímiles remordimientos.

Debido al curso que tomaron algunas de experiencias grandiosas, ponía de relieve a Dios quien lo había introducido en la humanidad como un individuo corriente.

(Esa habría sido su estrategia lineal para evitar que los demás hicieran interpretaciones erróneas y aberrantes).

Es decir, sus límites no eran más amplios que los posibles y realizables dentro de la humanidad.

Pero si tomáramos como único punto de vista al biológico, no llegaríamos a ninguna conclusión.

Para esos eruditos, los mejores logros de Santino: su industria y energía, habrían sido vanos.

Y no recomendaron a nadie que los ensayara.

Yo no he escrito acerca la compleja personalidad de Santino, sino de su tenaz determinación a hacer que perduren las apócrifas reverberaciones de un pasado con la inocente intención de aniquilar.

Esto según lo que él ha constatado en blanco o negro: sin intermedios puntos de vista.

Todos sus actos se podían reducirse a dos o tres categorías que pese a aparentar semejanzas era completamente diferentes.

Según él mismo una vez me señaló:

Los que los denigraban, lo hacían porque él existía con anterioridad.

Vale veladamente decir que él permitía sus existencias para que lo citasen:

A través suyo lograban desplazarse por sus profesionales campos.

Su situación no era tan deplorable, ya que no se había dado a cometer serios crímenes sino infracciones cimentadas en las medidas ardientes de su personalidad.

Fueron hechos borrosos, sin mayor importancia... porque tal vez no podía darle un mágico uso a su vida.

Santino era un simple jugador y no un asceta que sometía a castigos su carne.

Los otros lo condenaron al padecimiento por haber tenido una ambición relevante.

Cualquier camino conduciría a un cambio, y estos se hacían para socavar las igualdades entre los hombres.

Santino contaba con el incalificable deseo de rebajar lo que le saliera al paso y su enojo era mucho.

Le afectaban las desproporciones y cualquier diálogo al final le resultaba ofensivo.

Y nunca se ubicó entre la multitud festiva, sino entre los que tenían sueños agitados.

Esto para los otros era muy difícil de entender.

Pero no para él que no se percibía como un mero intelectual, sino como quién ejecutaba a sus vibrantes instintos.

Aquel que no se había enajenado pese a las míseras idiosincrasias del

mundo.

Tal vez sus "rebeldías" fueron penosos intentos de huir del tedio de la costumbre:

Aquellos ruinosos afanes que los hombres copiaron de las hormigas.

(Lo que se constituía en una técnica manipulativa que siempre quedaba incompleta).

Su tarea principal consistía en requerir la atención plena de la gente que debía adaptarse a sus precondiciones.

"Las calles son las autoras de los sufrimientos", dijo Santino cuándo salió vestido de fajina, "ya que el hollín se impregna en los pulmones y hace escupir polvo, y ni hablar del retorcido barro que se prende en los zapatos".

Esto lo expresó cuando sintió la obligación de hacer valer sus opiniones, en un día que tal vez sólo existió en su imaginario y dentro del cual decidió perder su pudor.

Sería una ingenuidad decir que Santino alguna vez sufrió por los de su especie... aunque tal vez haya exteriorizado alguna solemnidad por una inopinada desgracia.

Para él la compasión era ramificar la debilidad en múltiples retorcimientos.

Se sentía el único y verdadero hombre libre que caminaba sin temer absolutamente a nada.

Y repasaba a sus hazañas desde una onnipotente posición.

Se obligó a entregar su visión extrovertida de la vida para saciar la curiosidad natural de sus vecinos.

Les dijo que era fuerte, servicial, y que preferiría ser ignorado.

Pero su mera presencia sacudía las gentes como únicamente lo podían hacer los cruces de fuertes terremotos.

Y no se equivocaba en lo concerniente a las funciones que le tocaban de organizar actividades formativas de la conciencia pública.

Él entendía que las tumultuosas reacciones de la gente se correspondían

con el milagro de ver caminar a un Prohombre de la Patria como si nada.

(O bien estaban deslumbrados por su arisca personalidad y frente a él preferían permanecer en los costados penumbrosos).

Su destino era el de un escogido, y seguía siendo un símbolo del pacto de Dios con la humanidad al que nadie más se sumaría.

O sea, ejercía un sereno misticismo mientras otros le atribuían ser un degenerado.

Estaba por sobre las masas y su punto de partida era un impasible determinismo que a veces derivaba en un sentimiento de amargura.

Como ha dicho mi colega Fernando Ezequar (al hacer una velada referencia a Santino), la ilusión destructiva del hombre no era privativa de religiones que siempre han sido guaridas de los fanáticos.

Y no se trataba que tenía inclinaciones a abandonar al mundo real, sino de que tenía dudas de que fuera auténtico.

(Por otra parte, es bien sabido que aquel que elige una senda distinta puede crear ríos con sus lágrimas).

Innovar, más que agregar éxito a la suerte era ponerse en contra de las estipuladas sabidurías.

Ezequar también había dicho que vivir era servir a la ilusión, y pensar era intentar reconstruir lo casual en forma organizada.

Y arguyó que las probabilidades victoriosas de los engaños dependían de sus atractivos.

De esa forma desenmascaró a Santino como alguien cautivado por la ilusión que caía en trampas que sólo él veía.

Y las pulsaciones de la muerte (como refirió alguna vez el viejo y querido Freud) entretenían a ese hombre con entusiasmos semejantes a las de la vida.

Ahí Ezequar se detuvo:

Porque siempre hubo una insuficiencia lógica para explicar la muerte.

Estableciendo un principio que no tuviera atributos dentro del horror, con respecto a Rubén Armando Santino demostró en forma clara que sentía

desazón por el presente estado de la humanidad.

Y que nunca se dignó a firmar al maldiciente contrato con la vida que todo el mundo había hecho obligado.

Su evidente obstinación se debió a la falta de claridad del mismo y los efectos retardatorios de sus apreciables metas:

Ese contrato que supuestamente era compasivo se basaba en asimetrías.

Santino prefirió un misticismo dinámico sobre eso tan inapelable.

Su reacción característica fue escupir sin respeto las normas abstractas en las que los otros basaban sus vidas.

Su acatamiento para ubicarse en contextos sociales era ajeno a su combinación de actos e intereses.

Creía en Dios, aunque no entendía por qué le levantaban templos (él prefería fumar buenos cigarros).

Y también en la utilidad de las guerras religiosas que demandaban demoler las grandes éticas.

Había creído que lo malo y numeroso se podría purgar en cualquier intersticio de la calle aplicando duros empujones.

(El hombre debía efectuarlos o experimentarlos con especial estoicismo).

Su propuesta era permanecer en el lugar para corroborar que uno era el mismo pese a todo.

Al estar uno se acomodaba frente al cielo y no importaba si lloviera o perdía el habla.

Tenía el carácter de alguien rudo y matón, y su larvada antipatía era más bien moderada.

Su personalidad se basaba en tracciones agresivas que eran la forma usual de detectar un poco de carácter viril.

Vargas contabilizó hasta cincuenta de esas raras operaciones de dominio que realizó en forma aparatosa, y que podrían tenerse como morales si uno no se atiene a sus brutales inquietudes del pensamiento que no requirieron de una visión de conjunto.

Para ese autor el temor del individuo subsistiría hasta que se tornara completamente egoísta y le importara un comino la comunidad.

Así decir que había "una moral", para Vargas era similar a aseverar que todos los edificios compartían los mismos pilares.

Porque cada quien tenía sus propias enfermedades de las que recuperarse y sus horribles fobias.

Ahora bien, no fue mi intención relacionar a Santino con las burdas elevaciones intelectuales de Vargas.

El primero no era más que uno que protestaba asiduamente y cargaba con el gozo de burlarse de los demás.

(Además, se trataba de un hombre dominado por el terror de afeminarse).

Tal vez lo que he dicho fue un accidente para no afianzar el discurso de Vargas, y retocar notablemente la improvisación de Ezequar.

II

Sin duda la destreza mayor de Rubén Armando Santino fue desaparecer las armonías de sus vecinos, y especialmente de Jimena Coztasso.

Quien había hecho sonar claras alarmas de repudio, mientras elaboró la interminable solución de llamar la policía.

Él había encabezado varias protestas que a la mujer le causaron repugnancia.

Llamar a la policía fue una extrema decisión que había cobrado mucho impulso para que lo que el extraño hombre acostumbraba a hacer se tradujera en destrabadas infracciones.

O hechos delictivos si a lo hostil lo mezclaba con violencias.

La mujer dejó de lado a sus modos pacientes, y pidió una investigación realista.

No se replegó sobre sí misma:

Fue un puente entre las interrogaciones de los uniformados y el

desparpajo del hombre que no se mostraba para nada arrepentido.

Éste asumió estar liberado de los prejuicios molestos.

Y que las perturbaciones producto de la menstruación a esa mujer le habían afectado la cabeza.

Santino ni siquiera intentó llegar a un acuerdo al que se apuró en calificar cómo vano.

Su misión siempre había sido la de oponerse:

Deslizar crueles frases para detener al avance que los otros quisieran hacer sobre su conciencia.

Los agentes se habían hecho evidentes, pero Rubén Armando Santino no les temió y ni siquiera los tuvo en cuenta.

No daban ejemplos adecuados con sus propensiones moralizantes.

Los consideró milicos de medio pelo.

Les dijo que la situación que le planteaban le producía un aburrimiento irreparable.

El procedimiento para acercarse a él había sido inconcebible... y ahora querrían probarle que el cero tenía forma de cuadrado.

El juego que le proponían tenía una mala intencionalidad e implicaría negativas consecuencias.

Consideró como un infame desacato que se hubieran dirigido a él de esa forma.

Debían sustraerse de los caprichos con los que se relacionaba la mujer en forma diaria.

Tenían que reconocer en él a un superior jerárquico que liberaría de sus contenidos inmorales a ese dramático sitio. .

Y diciendo esas cosas, la rebelión se hizo más irreversible que nunca en el hombre que para demostrar su filiación militar se calzó un gorro alemán de la segunda guerra.

Así la policía vería que su actitud era esencial y amaba los símbolos drásticos.

Hizo respetuosamente una venia dentro de ese tormentoso marco.

Quiso que apreciaran que su rostro algo corrugado por la edad, cargaba con completos detalles arios.

He insistido frente a Fernando Ezequar que la monumental práctica de Santino fue dirigir secretamente articulados fines políticos que no debían confundirse con las seriales y fantásticas tergiversaciones a su obra.

Reivindicaba una cultura política que había sido totalmente destrozada en Europa, pero en sus ensoñaciones se estaría por realizar.

Adujo ser un animal político con un apetito insaciable.

Alguien vehemente que cambiaría la pobreza de su entorno si se prestaba atención a sus proyectos.

La finalidad de su vida habría sido realzar al conjunto de pensamientos nazis e inculcarlo a vastas muchedumbres.

Como hijo y nieto de militares acabaría con la imperante decadencia de esa cultura hermafrodita.

(Aunque nunca dejó de ser alguien patético que utilizaba al más puro oportunismo para publicitarse).

El escándalo constituía un porte seguro para su campaña.

Por lo que no tuvo que desembolsar parte de los ahorros que sus padres le habían dejado.

Cuándo divisaba un pequeño gentío, sintiéndose un Perón que movía con soltura las piezas del tablero de ajedrez, solía hablarles desde su balcón en representación de alguien mayor que él.

Este respondería a lo puro e infinitesimal y no a las mentiras.

Les ofrecía un fuerte descubrimiento y no una sugerencia.

Esa era la señal inequívoca de su Pasión.

Se había habituado a hacer ese tipo de mediaciones simbólicas:

Afirmaba que ejercía una utópica vigilancia sobre la sociedad para que se subordine a los coherentes objetivos del líder.

Este sería el único capaz de darle sentido al lenguaje.

Lo que fue hablado con anterioridad habían sido experiencias que no le importaban.

Él sería capaz de clasificar a la humanidad y darle un motivo, más allá de los incoherentes aspectos creados por las prácticas mercantilistas de los judíos.

(Al mencionarlos sentía un continuado malestar porque estos persistían en perseguirlo como chacales, y lo arrastraban a salir a la calle con un arma pese a que los comunes eventos eran pacíficos).

Los hombres que se movían abajo, sin orden y manteniendo la fe en antiguas vergüenzas (según las visiones de su espíritu), conformaban un rebaño oscuro sin un pastor que los guíe.

Entonces y cómo si desde la azotea hubieran estallado supernovas, sentía en su pecho superiores emociones:

Para transformar al desaseado mundo eran imprescindibles sus directivas.

Él era el esclarecido que inexorablemente se dedicaría a hacer lo único válido.

Aparte de ese costado político, frente a las incómodas virtudes de la señora Coztasso, se agitaba con virulencias.

Ella que quería ponerlo bajo custodia, se le manifestaba eróticamente:

Pugnaba por poseerlo.

Su solapada persecución tenía como causa a su deseo de entablar un encuentro sexual.

Pero no era ineludible que algún día Santino se apiadaría del exceso de desdichas de la mujer.

III

Por mi parte he decidido no narrar los cuantiosos pesares de la señora Coztasso, ni establecer hechos que apelarán a la indignación que hizo una vez el bastante famoso Vargas.

Tampoco justificaré la conducta de Santino siguiendo las líneas que alguna vez postuló Kannec en sus lecciones.

Dicho esto, me siento autorizado para asociarme a Fernando Ezequar en muchas proclamaciones reflexivas que hizo con respecto a Rubén Armando Santino.

Ezequar pareció seguir una pesimista pista al definir como inmutable al carácter de ese hombre.

Volviendo al relativo plano de los acontecimientos, me siento obligado a hacer un salvataje del desdichado Rubén Armando.

Mi única intención es ponerlo por escrito.

Dar cuenta de sus acciones, aunque fuera a través de cortos fogonazos.

Se había labrado muchos enemigos y a eso lo tomó como un chiste.

Santino había asumido que el ser rudo era la cualidad más relevante del hombre.

Aun así, la finalidad de su vida nunca podría ser aclarado, e incluso su nombre no quedará limpio.

(De todas formas, nunca existió un nombre que fuera indiscutible).

Tomaré una descripción parida por el mismo Ezequar:

" En todo momento crujía sus dientes, y aplicaba aspiraciones violentas a la mayoría de sus actos; nunca le temblaron las rodillas y a las mañanas se levantaba de la cama tomando decisiones hegemónicas".

Por lo que hay que creer aquello que Ezequar después dijo en un entorpecido murmullo, y con la imparcialidad de no decirlo todo.

Eso lo llevó a denunciar al torvo actuar de ese hombre, más allá de lo malo que habría hecho en su barrio.

Y al poner de relieve una parca aceptación de los mundos singulares en cada persona, lo deshonró de una manera condicional.

(Algunos afirmaron que el licenciado Ezequar no dobló su espalda con cobardía).

Ahí creí que no se erosionó la sabiduría de Fenando Ezequar.

Y frente a mí admitió que no puede adelantar mucho una tortuga.

Y cómo le escuchó decir una vez a Vargas:

"Las cosas no sólo son perecederas, sino que además están agravadas por el profético misterio de la corrupción; incluso la férrea voluntad esta subyugada al tiempo que es un titiritero del cosmos".

Digamos, para concluir, que Jimena Coztasso abrió la puerta de su departamento, y en la totalidad de esas márgenes se apreció la luz brillante del cerrado pasillo.

Y la mujer con su investidura de maestra de escuela secundaria, se dispuso a abolir a ese hombre.

Manifestó sus esperanzadas preocupaciones en segregarlo.

Lo demonizó con una calma aterradora.

Sus deducciones acerca de Santino fueron crispadas.

Y también fueron copias perfectas de lo que habían dicho de él los otros.

Y juró con vértigo que Santino quien fue el destinatario de sus quejas, algunas crónicas periodísticas y este estudio (unido a los de Ezequar y Vargas), perdería su inmunidad de loco.

Un cerco se había cerrado sobre su persona y ya no podría refugiarse en la sufrida pasividad o en la elemental rudeza con la que había creído romper las supersticiones de los transeúntes a los que colmaba con tribulación.

.

Fin (9-5-2018)

